

sa que surcaban sutiles venas. Con las mangas remangadas, trafagueaba, ostentando la blancura de los brazos. El pelo rubio, despeinado, rebelde; los rizos aureos cayendo sobre las sienes é irguiéndose en la nuca; las mejillas suavemente coloreadas, la daban un aire delicioso de frescor, de vida joven.

Ocupábase de recoger algunas hilachas esparcidas por el suelo, junto al sofá, cuando oyó que llamaban discretamente á la puerta. Reflexionó, sorprendida. ¿Quién podría ser? Nadie acostumbraba entrar por allí á tal hora.

Fué á abrir.

Cuando la hoja giró, con leve chirrido, ella retrocedió, muy pálida.

Eugenio Linares, de pie en el umbral, le tendía la mano, sonriendo.

III

De espaldas en el lecho, con el aromoso cigarro entre los dedos, contemplando las espirales de humo que ascendían, Clara Ruiz tarareaba el canción que viese bailar la noche anterior en el Teatro Principal. Su voz chillona, desentonada, llenaba la pequeña alcoba, dominando el rumor de vida que se introducía por la ventana, á través de cuyos visillos adivinábase una pálida mañana de invierno.—A veces enmudecía, cerrando los ojos: el vozarrón de la portera, que disputaba con la criada de las Gómez, se escuchaba distinto, entrecortado por las palabras tranquilizadores de doña Manuela, que desde el amanecer recorría la vecindad, metiendo las narices en todas partes, imponiendo

paz á los rijosos y adulando á las señoras, con la santa intención de zamparse un bizcocho ó apurar una taza de chocolate, en cambio de sus buenos servicios. Ladraba un gozquecillo, y de la fuente provenía infernal ruido de eubas que chocaban, de agua agitada.

Súbitamente, la real moza tornó á su canción, con energía, alegre, cual si la fastidiase el murmullo sordo del exterior, que traía á su mente el recuerdo poco grato de la lucha diaria; que la hacía cavilar sobre la vulgar existencia de los otros, de las bestias que se derrengaban ávidas de pan, ignorando la alegría de vivir, la dulzura de los instantes de ocio pasados en el colchón mullido, impregnado del olor de carne joven, que exhalaba un calorcillo suave, mareante, que sumía los nervios en deliciosa laxitud.

Y de su garganta se escapaban sonidos agudos, metálicos, mientras que con el brazo en alto marcaba el compás.—Una nube de gasas, de tobillos rosados, de senos túrgidos, de vientres que se movían, inflamados por el deseo, esbozabase en su cerebro:—Era una turba de chicas púberes, de cuerpos aún no formados que se ofrecían; de pechos nacientes, de pechos duros que incitaban al

halago brutal; de piernas delgadas, encerradas en malla rosa y ceñidas por listones, que iban y venían siguiendo el ritmo tentado.—Una avalancha de mujeres marchitas que lucían sus carnes mancilladas, sus gorduras bestiales, como diosas del vicio reverenciadas por sus compañeras jóvenes:—Las había flacas, huesosas, que mal disimulaban la ruina viviente de sus talles con algodones; de pómulos salientes cubiertos de polvos de arroz; de labios ajados que ocultaban su lividez tras del carmín; de pupilas opacas, cual si su brillo se hubiese agostado en una eterna mirada de lujuria. Las había robustas, con robustez enfermiza: sus barbillas desaparecían en el ancho pliegue carnoso que deformaba el cuello; sus piernas enormes como troncos, sin curvas, casi aplanadas, movíanse con dificultad; sus caderas anchas, blandas, semejabán informe montón de carne donde se revolcaba la hidra del placer.

Se deslizaban pausadamente, corrían vertiginosas, deteníanse, abrazadas por la cintura, alzando los pies al nivel del rostro, en medio de vaporosa cascada de encajes y de blondas, obedientes á la batuta del maestro que en su alta silla se debatía furioso, agi-

tando los brazos, encorvándose, marcando los golpes de orquesta con fiereza...

Aquella evocación de Clara era el apoteosis del deseo, la consagración del deleite. Y la joven, maquinalmente, pensaba en los rostros de los espectadores excitados por el lúbrico baile; en las orejas encendidas que temblaban con temblor intenso; en las respiraciones entrecortadas, anhelantes. Merced á la fuerza poderosa del recuerdo, creía percibir aún el grito que siguió al cáncan: un grito febril, que traducía el ansia de posesión, el ansia de goce, la aspiración suprema al placer despertado por las piernas rosa, por los senos que palpitaban al recibir la luz, por las caderas que ondulaban rítmicas al compás de aquella música loca. Observaba todavía el sacudimiento del público que se agitaba con furiosos de bastia; el aullido de la muchedumbre ébria ante las actitudes provocantes de las bailarinas.

Y terminó muy quedo, suavemente, como enervada. El cigarrillo humeaba aún entre sus dedos. Lo arrojó al suelo, cerrando los párpados, como si la placiera prolongar el sueño.

No cabía duda. La adoración del hombre por la mujer era inmensa: rayaba en la

idolatría; transformábase en culto entre bambalinas y bastidores.—¡Ah! Si ella entrase en el teatro... Ahora, más hermosa que nunca, triunfaría.

Y abriendo los ojos con lentitud, paseaba una mirada amorosa por su cuerpo, que se adivinaba tras de las sábanas, exuberante, pródigo en curvas. Era una caricia tenue, que la envolvía desde el seno hasta las puntas de los pies, que asomaban, levemente sonrosadas, destacándose de la blancura de las ropas, junto á las barras de metal del lecho, que lanzaban débil fulgor al contacto de la claridad gris.

—¡Oh! ser admirada...—murmuró.

Las exclamaciones del cartero, que bromeaba en la portería, hicieronla reflexionar en la hora. De seguro era muy tarde: el correo se repartía á las diez.—Se arrebuñó de nuevo entre las sábanas, con encogimientos de gatita nimada. Sería el último sueño. ¡Era tan delicioso el calorillo que sentía! Hundida en los almohadones, cubierta hasta la nariz por el cobertor, con los párpados entornados, permaneció inmóvil por un momento. Su respiración adivinábase en el movimiento acompasado del pecho.—Un rayito de sol la despertó.

—¡Caramba! Ahora sí que he dormido...

Se incorporó, y arrojando las cobijas á un lado, miró su cuerpo desnudo hasta los muslos, del cual se desprendía un aroma tibio. Saltó al tapete lanzando un grito al sentir frío. Cogió las medias de finísima seda negra, y se las puso, muy despacio, sentada al borde de la cama. Luego, abriendo el buró, sacó unas zapatillas de raso azul destefido por el uso, que mal se ajustaban á sus pies.—Quedó un instante indecisa, reflexionando si sería conveniente adormilarse un rato más, y, por fin, decidida, fué al espejo, puso en orden sus cabellos castaños, y envolviéndose en viejo chal gritó:

—¡Madre, trae el tál

En su vocesilla aguda dominaba un acento imperativo, acerado tono de mando. Con los ojos fijos en la puerta, esperó impaciente, y hubo de repetir la orden, añadiendo, burrolona:

—¡Te dormiste! Buena la has de haber cogido anoche. Eso no me gusta, no me gusta, no me gusta...

Hábito era en Clara insistir en sus órdenes pronunciando las últimas palabras, como si ello coadyuvase á la perfecta comprensión de aquellas.

Murmurando, acercó al sofá colocado á la izquierda, junto á la pared, una mesita pequeña con cubierta de verde terciopelo manchado.

Después, arrollanóse cómodamente. Experimentaba secreto deleite en pasar una hora larga de la mañana, semidesnuda, en camisa, con las regordetas pantorrillas al aire y el albear de los brazos, que disonaba de la negrura del chal que apenas la cubría. Convencíase de que así se respiraba mejor, prolongando por unos instantes más la voluptuosidad del lecho.—Sobre todo, en los días grises, gustaba de las exquisiteces de tal costumbre; tenía refinamientos de cortesana antigua. En medio de las oleadas de luz que bañaban el *budoir*, como solía llamar, con gran asombro de doña Manuela, á la alcoba bien modesta, entregábase á los desvaríos de su imaginación.—¡Oh! si al levantarse tuviera un baño de mármol rosa, digno de su desnudez, donde se hundiera hasta el cuello en el agua perfumada.....¡Qué sensaciones experimentaría allí, recibiendo las caricias de la misteriosa flora acuática que sólo conocía en las novelas; qué dulce placer sentiría desperzándose entre los ciclantos enormes, que se anudarían á su talle cual

serpientes; entre los pandanos de finísimas hojas estriadas; entre las tornelias monstruosas! Y soñaba que su busto sobresalía del cristal opalino del estanque, á manera de inmenso lirio blanco, en torno del cual los nenúfares abrían sus florecillas de tinte sonrosado.

El rechinar de la puerta la hizo despabilarse.

— Mamá, ¡cuánto tardas!

Una vieja empedernida, delgaducha, de grandes ojos circundados de arrugas, avanzaba despacio, con un plato y una taza rebosante de té en la mano, las pupilas fijas en el líquido, chillando cuando una gota se desbordaba y corría á lo largo de la porcelana.

— ¡Pero, anda, por Dios! ¿Estás creyendo que no tengo hambre?

Apresuróse á poner los trastos sobre la mesa. A cada uno de los reproches de Clara, respondía con una sonrisita apenas dibujada en las comisuras de los labios. Y cuando la moza comenzó á disolver el azúcar, agitando la cucharilla, quedó inmóvil, mirándola en silencio, con adoración de perro fiel. Había en su actitud algo de la bestia enamorada del cachorro.

Clarita, al notar que era objeto de tan minucioso examen, rió levemente.

— ¿Qué ves?—dijo.

— ¡Estás tan guapa!

— ¡Ah! ¿Te lo parezco, Silveria?

A ratos, cuando se disipaba de su rostro la expresión de fastidio, llamaba á su madre por su nombre.

— ¿Estoy bonita, Silveria?

No respondió: aproximándose á su hija, y con vivísimas muestras de satisfacción, paseó su rugosa mano por las mejillas rosadas, por el cabello castaño, por los brazos redondos en los que descubría graciosos hoyuelos. Contempló con mirada estúpida los ojos de verde claro, é inclinando el rostro, la besó, temerosa. Clara la dejó hacer; después, con un mohín de hastío, hubo de rechazarla débilmente, murmurando:

— Basta, basta ya...

Doña Silveria tornó á su puesto, delante de ella, pidiéndola dulces.

— Anda, no seas mala, hijita... Me conformo con dos ó tres. Si me los dieras de chocolate...

Gimoteaba suplicante. ¿Por qué negarla una cosa tan nimia, que bien poco valía? Y con sus ruegos iban promesas de ser buena,

de no tomar vino, de trabajar mucho. —No, su Clara no padecía ese mal horrible de la avaricia: era bonita, generosa; pero más que nada, bonita, y las niñas como ella, obligadas estaban á complacer á las pobres madres.— Al fin, la muchacha, aburrida, abrió el cajón de la mesa, vaciando en seguida en el delantal sucio de la vieja el contenido de un paquete de dulces.

—¡Vaya!—El regalo de Esteban ha sido para tí. Con la mayor frescura te has tragado mis caramelos.

Doña Silveria roía, sin importarla un ardite las recriminaciones infantiles. Era glotona, con glotonería insaciable: su cuerpecillo enteco estremecíase de placer ante las golosinas. A pesar de sus sesenta años, considerábase capaz de zamparse un tarro de dulce sin pestañear, al decir de las comadres del caserón.

—¿Has terminado ya?—Interrogó, viendo que Clarita había apurado el último sorbo de té, y se limpiaba los labios con el chal.

—Sí, llévate eso,—repuso ella,—señalando los trastos.

Bostezó. Aquel día experimentaba una modorra terrible. La desvelada de la víspera, y la tristeza gris de la mañana, que pal-

decía tras de los visillos, la hacían sentir grata pereza: sus movimientos eran pausados, lánguidos, como si la fatiga la rindiera; y sobre las revueltas ideas que su cerebro albergaba, flotaba una, muy dulce: el recuerdo del canchán. Asociábase á éste el de la charla que entablara, al volver del Principal, con Esteban Conti. Sabedor el mozo de las añiciones de ella, la propuso con sonrisilla de buen amigo, que intentase un debut; jactábase de tener estrechas relaciones con el empresario de un coliseo de segundo orden, el cual, á una simple indicación, la haría entrar en la compañía.—Pero Clara se negó. Ahora mismo aseguraba á doña Silveria que jamás la sedujeron los salones ínfimos de zarzuela. Su ilusión era codearse con las tiples de alta nombradía y no menos altas artimañas, que de España llegaban.

—¡Ah! mamá. Si yo fuese cómica...

—¡Ojalá! Saldríamos de esta situación.

Y comenzó á lamentarse de su pobreza. Los cincuenta pesos mensuales de la pensión, eran insuficientes. Todo había encarecido... ¡El tendero de la esquina, un judío que aumentaba los precios á su antojo, estafando á la clientela, muy cariñoso, muy afable, con las manazas en el vientre, dábase

la gran vida á costillas de los pobres!—¡Oh! si la niña fuese cómica . . . Son las mujeres de teatro personas que comen bien y visten ricamente. Y luego, ¡las ensalzan tanto! Los periódicos hacen grandes elogios, arruñanse los aristócratas; y, ¿qué más?, hasta los diputados, esos señores tan graves y pagados de sí, se suicidan por ellas.

Animóse. Brillaban sus ojos enrojecidos; de su boca, que despedía un tufillo á alcohol, salía un raudal de frases, un palabreo incomprendible en ella, de ordinario tan callada.—Sí, era preciso que pisara su hija las tablas, que fuese célebre, como su palmito lo merecía; que derramara el dinero á manos llenas en el tugurio aquel, tornándolo alegre y suntuosa mansión. Entonces otra sería la existencia: comería ella los dulces que le viniesen en gana, tomaría una criada, que bien había menester por su edad y sus achaques, y su queridita no se aburriría en adelante. Arrojaría al basurero las cursis zapatillas azules.—Toda su ambición de borracha hubo de desbordarse en torrente de súplicas. Ergúfase manoteando, como si creyera fácil por extremo ver el nombre sugestivo de Clara Ruiz en letras de molde tamañas, luciendo en los carteles.—¿Que no

era posible? ¿Por qué? ¿Acaso por la decencia? . . . ¿De dónde procedía ella, doña Silveria, si no de un teatro de provincias del que la sacó, enamorado hasta los tuétanos, al difunto Coronel Ruiz?

La moza escuchaba, pensativa. A veces, sus dedos se contraían en crispaciones nerviosas:—Como á su madre, atormentábala una codicia loca. Envidiaba á las jóvenes de la *high life*, que, á diario, en sus paseos por las calles, miraba hundidas en el fondo de sus carruajes como princesitas; la acometía sorda rabia al ver los trajes lujosos, las joyas, los palacetes soberbios que se alzaban allá en los barrios nuevos: Bucareli, la Reforma, lejos de los suburbios que albergaban á los míseros; indignábase al ver en el teatro á las damas que hacían mohines en los palcos, rodeadas de caballeros.—¿Por qué ella, hermosa, anhelante de placeres, se agostaba en un rincón ignorado, arrastrando sus faldas descosidas, pisotando el arroyo con sus botitas rotas?—¡Oh, no, no era justo; el mundo parecía la informe montón de cieno, hediondo fangal!

Una tarde, al volver á casa, lloró. Había llovido, y el asfalto, cubierto por sutil capa de barro, hacíase resbaladizo. Al atra-

verar por la Mariscala, apresurada, bajo finísima lluvia, sin paraguas, con las enaguas recogidas hasta los tobillos, hubo de caer de bruces, prorrumpiendo en agudo grito. Un vejete que la seguía corrió hacia ella, y cogiéndola del brazo, la puso en pie. Iba á darle las gracias por su fineza, cuando él, escudriñándola con picarísimos ojos, la hizo una proposición formal, tan formal, que la ofreció algunos duros por el favorcillo. ¡El gran bellacol! ¿Acaso tenía ella algo de común con las mujerzuelas?—Todavía hoy recordaba el suceso irritada, no porque juzgara imposible que la mujer se entregase por ansia de oro, sino porque una venta como la propuesta, por un puñado de monedas, la hería en su orgullo.

Sí, era necesario vivir otra vida, escapar del antro de miseria en el cual languidecía, como flor mustia. Odiaba la casuca, tan fea, tan estrecha, con su recámara semejante á cuarto de muñecas, su comedor, donde doña Silveria dormía sobre la mesa, y su cocinilla de paredes ahumadas, que chorreaban grasa.

Había nacido para algo mejor. No aspiraba á ser, en el porvenir, ama de llaves ó fregatriz, ni á casarse con un pobrete. ¡Dios

mío! ¿De qué servían aquella cara y aquellos ojos?

Añoraba los años de colegio. ¡Ah, no volverían los buenos tiempos!... ¡El pasado! ¡El pasado!

Vefase niña aún, muy sonrosada, muy mona, con su vestidito de merino azul, correteando por el parque del colegio del Sagrado Corazón. Entonces sí que era dichosa. Comía con sobriedad, como ahora, pero cosas buenas; bebía excelentes vinos; gastaba magníficas telas, y dormía á pierna suelta, arrullada por el acento nasal de las hermanitas, ignorante de la existencia de perros que más tarde sufriría. Los domingos, visitaba á los autores de sus días. Su padre, un veterano Coronel de la Reforma, adorábala. Bien es cierto que no desperdiciaba ocasión de empinar el codo, en unión de viejos camaradas. Juraba que se rejuvenecía ante una botella de buen coñac, recordando los azarados tiempos de la degollina; echando pestes en contra de los cochinos *mochos*, y refiriendo, con donosa frivolidad, anécdotas relativas á la expulsión de las monjas. Era de verle sentado á horcajadas, con los bigotazos temblorosos por la emoción, los ojos chispeantes, hablando de los curas.—

¡Cañones! Esos azurros que todo el mundo creía tan humildes y refidos con el pecado, predicando el bien por todas partes, no merecían otro nombre que el de pillastres de tomo y lomo. ¡Que si quieres! El, con aquellos luminares de ojos que la naturaleza le diera, había sorprendido á una monjita, besuqueándose con un presbítero, antes de abandonar el santo claustro. ¡Cañones! ¿Se lo imaginaban ustedes?—Y su charletanería desbordábase en casa. Era un hombretón desprendido, que emborrachaba á la bendita de su consorte,—la señora aquella que en sus mocedades le entusiasmara en un teatro, cantando *La paloma*;—haciéndola creer que en el rubio vinillo residía la felicidad; que no conocía, en su gloriosa vida de luchador, deleite más exquisito que el de achisparse. Así, los haberes se derrochaban en el hogar; habiéndose dado el caso de que, en las postrimerías del mes, la espada del digno veterano fuese á parar al montepío.

Pasaba el tiempo en una embriaguez de delicias Clara, en el suntuoso colegio, co-deándose con las chiquillas de la aristocracia, hijas de ministros, de banqueros, de grandes negociantes; doña Silveria, reclusa en su glotonería y borrachera, engullendo buenas

tajadas y apurando copas rebosantes; don Hermenegildo, paseando sus años de soldadón retirado por cantinas y antesalas, estaban en el paraíso, deslumbrados por el fulgor de su propia apoteosis.

Pero cádate que en caluroso día de mayo, cuando horrible epidemia devastaba la ciudad, el héroe de la Reforma volvió á su morada enfermo, con la redonda cara roja por la calentura, las pupilas inyectadas, temblorosas las piernas. Metióse en cama vociferando y esa misma noche deliró.—Venido que fué el doctor, una celebridad en boga, declaró, con entonación grave, que el benemérito Coronel don Hermenegildo Ruiz padecía un tifus gravísimo. En seguida se llamó á Clarita, quien, al salir del plantel, sonreía, pensando en alguna fiesta; los parientes pobres, avisados del suceso, acudieron también á la antaño ruidosa mansión, huyendo luego á la desbandada, temerosos del contagio.

¡Qué soledad, y qué tristeza! Allí, junto al lecho del moribundo, se hallaron las dos: la mozueta de doce años, pálida á causa de los insomnios, ojerosa, mohina por el contratiempo que turbara sus alegrías de colegiala; la futura viuda, bebiéndose sus lágrí-

mas mezcladas con el coñac de la botella que á mano tenía, dolorida de su desventura; mirando con ojos brillantes de ebria al enfermo, al cual llamaba «su adorado Coronel». Ya de antemano gemía, presintiendo su miseria, su vida obscura después de la época deslumbrante en que sació sus apetitos; su vejez, rodando por los barrios, en húmedos túrgurios.

—Pero, mamá,—decía la niña,—tú te apuras por nada. ¿Cómo sabes si papá nos deja algo con qué vivir cómodamente?

Discurría con seriedad, reflexionando cual podría hacerlo una mujer de treinta años. No se mueren las personas así como así. —No obstante, doña Silveria replicaba que su querido esposo se encogía de hombros cuando de herencia le hablaban, y juraba como un carretero que las monedas eran para gastarse y nada más que para eso.

Días lúgubres fueron aquellos en que madre é hija se adormecían en el ambiente asfixiado de la recámara. Veían venir á la muerte en la faz angustiada del agonizante; mas no venía sola, no: acompañábala una sombra siniestra, que apenas vislumbraban en el estado de holgazanería y de lujo en que vivían. Se apoderaba de ellas una sen-

sación de frío al pensar en la estrechez — Todavía conservaba Clarita un recuerdo imborrable de la cuarta noche de velada.

L'ovía. Con la frente apoyada en los cristales, miraba caer el agua en delgados hilos, que al chocar contra el suelo producían un quejido lento, doloroso, que ella escuchaba entrecortado por los lamentos roncocos de su padre, que moría allá en el rincón débilmente iluminado por la lámpara. La anchura avenida extendíase hasta el horizonte donde el relámpago hacía girones el cielo obscuro. La luz de los focos reflejábese en manchas blanquecinas, que lucían á intervalos sobre el pavimento mojado. Las fachadas, altas, irregulares, recortaban el espacio en una línea sinuosa, y los arbolillos plantados junto á la acera estremecíanse, azotados por el aire.— Absorta, oía el golpetear monótono de la lluvia sobre la ventana: era una música triste que parecía evocar cosas pasadas, y que calmaba un tanto su ansiedad. Habían sonado las tres de la mañana, y la calle estaba silenciosa, sólo turbada por la tormenta, que á veces arreciaba, y otras decrecía hasta convertirse en llovizna fina, suave, como *fru fru* de seda. Un simón desvencijado pasó, con el chirriar de

sus muelles, al galope de dos flacos rocines, que inclinaban la angulosa testa, chorreando agua. El ruido la sobresaltó: creía soñar. Continuó mirando, entristecida. De súbito, el aguacero cesó. En el oriente se insinuaban tintas sonrosadas, casi pálidas, que presagiaban la aurora, la aurora de un nuevo día, que quizá fuese el primero de su infortunio. Y en su rinconcito, envuelta en la cortina, se imaginó que despertaba en la cama blanca del colegio, sin amarguras, sin penas. Por un instante, olvidóse de todo, del enfermo, de la temida pobreza: contemplaba el amanecer con la sonrisa de la muchacha que espera la luz para entregarse á sus juegos.

Percebió blando rumor de pasos. Alguien se acercaba. Al principio, fué una mancha borrosa; luego, sus contornos se dibujaron en la sombra; y bajo la luz lívida que inundaba la esquina, Clarita vió á una mujer y á una niña que avanzaban por la acera, con los pies descalzos, las faldas recogidas, tiritando, caladas hasta los huesos. Iban despacio, como si la fatiga las doblegara; saltaban las charcas, siempre juntas, cogidas de las manos, cual si necesitasen una de otra para soportar su miseria

Huyó de la ventana, estremecida. Sentía que las lágrimas subían á sus párpados, y que la congoja la torturaba más. Corrió, abrazándose á su madre. La vieja dormía, y al recibir la caricia loca de su hija, murmuró algunas frases ininteligibles, cayendo sobre el respaldo del sillón. Entonces, en busca de otro refugio, volvió el rostro en dirección de su padre: la faz lívida, los ojos empañados, crispadas las manos, don Hermenegildo lanzaba el último aliento. Ni siquiera pretendió incorporarse. Las ansias de la muerte no le hicieron presa. El, antaño bullicioso, chocarrero, espiraba sin una palabra al sufrir el enfriamiento de sus miembros enardecidos por la fiebre. El, en otro tiempo tan erguido, con su cabeza de soldadón satisfecho, estaba allí, sobre la cama, con la boca abierta, inmóvil. Había emprendido el gran viaje sin decirles adiós; partió sin un lamento, sin una mirada para ellas, que en adelante quedarían entregadas al destino, á su propia fortuna, al basurero, á manera de guñapo lujoso que, incapaz de no desentonar en sala modesta, es arrojado al montón de las cosas inútiles.

Se aproximó, muda, aterrada. Lenta-

mente, hubo de arrodillarse, como si temiese á alguien; cogió la mano fría que resalta-
ba de la nitidez de las sábanas; la estrechó
con fervor entre las suyas; imprimió sobre
ella sus labios helados, estallando en lágrimas.
Un leve resplandor dorado atravesaba los visillos,
y afuera se oía el musitar de la lluvia....

Al día siguiente, no bien desapareció á la
vuelta de la calle el negro féretro del veterano,
seguido por un regimiento, los acreedores
emprendieron el saqueo. No fué tarea larga.
Al cabo de una semana, la mansión quedó
limpia como la palma de la mano. Desaparecieron
los muebles de lujo, las mesas talladas, los
ajuares, unos primorosos ajuares estilo Luis XV,
que eran el orgullo del militar y la envidia de los
parientes pobres; las estatuas de bronce, los
cuadritos de pintores anónimos que tanta
alegría daban al comedor; las vajillas nuevas,
las macetas de camelias, de begonias, de gardenias,
las joyas adquiridas á costa de trampas sin
cuento. Hasta *Lubú*, una hermosa cacatúa que
lucía su plumaje blanco en el centro del
corredor, aprisionada en gigantesca jaula de
metal, fué arrebatada por aquellos ladrones
á pesar de sus chillidos de espanto.—Clara

salió del colegio. Las señoras del Sagrado
Corazón reclamaban nada menos que tres
meses de pupilaje, y era imposible pagarlos.
¡Bien lo había presentido! La mirada con
que envolviera el parque el día en que la
llamó su padre moribundo, era la última.

Después del derrumbamiento vinieron las
miserias, las comidas demasiado frugales y
los trajes pobrísimos. Y habrían alcanzado
la sima, sin la pensión que les otorgara
el Gobierno, y el auxilio,—que al principio
creyesen nobilísimo,—de don Antonio Cor-
tezo.

Nobilísimo, sí. ¿Cómo podría dudar Clara
del amigo íntimo de su padre, del que,
infinitas veces, cuando era niña, la tuvo en
sus rodillas y la divirtió con sus juegos? To-
davía se imaginaba verle, sonriente, con sus
grises patillas, sus adormecidos y en ocasio-
nes relampagueantes ojos, y su vientre res-
petable. ¡Señor, lo que son los hombres!
¿Quién podía concebir que don Antonio, que
prestó franca ayuda en amargos trances á la
viuda é hija de su amigote, osaría más tarde
murmurar al oído de la moza deshonestas y
repugnantes proposiciones? Ni ella misma
atrevíase á creerlo cuando le vió arrodillado
á sus pies, trémulo, balbuciente; y sólo hu-

bo de convencerse al despedirle indignada, á tiempo que él, irónico, la dijo desde la puerta: «Si algún día necesita usted de mí, sepa que estoy á sus órdenes.»

¡Ah, Dios bendito, qué caída! Ahora ocupaban aquella miserable vivienda, allí, en la calle de San Juan de Dios, á un paso de la Alameda. En el transcurso de seis años, doña Silveria amoldóse á su situación. Hundida en la glotonería y en la embriaguez, cerraba los ojos, aceptándolo todo, hasta el papel de sirvienta que la reservó su hija. Esta, menos accesible que la viuda del grande hombre á la resignación, añoraba el esplendor muerto, conservando ridículos hábitos, haciendo vida ociosa. Entregóse al agradable placer de no hacer nada: se la veía recorrer las calles, sola, engalanada con vestidos que mal ocultaban su estrechez; acostábase tarde, hablaba poco, y dormía hasta las once. Al observarla, dijérase que carecía de ambiciones. No obstante, en lo recóndito del alma alimentaba de tiempo atrás un furioso deseo de reconquistar lo perdido, de subir, de subir muy alto. La conmovía sorda rabia, cuando, en sus paseos, las amigas de la niñez, las que antaño se atracaban de dulces á costa suya, hacíanse las in-

diferentes, fingiendo desconocerla. ¡Oh! ¡si la fuera posible aplastarlas!—Así, permanecía en acecho. Ella, consciente de sus anhelos, y la vieja, ignorante aún de sus propios deseos, eran dos bandoleros prontos á desbalijar al primer incauto.

Por eso, la idea de una mediana posición adquirida por medio del teatro, las embebía en mil reflexiones. Clarita Ruiz, inclinada, absorta, miraba la punta de sus zapatillas azules, oyendo, sin darse cuenta de ellos, los consejos de doña Silveria, que hablaba con la boca llena, corriéndola por las comisuras de los labios dos hilillos de almibara-da saliva.

—Esteban tiene razón,—decía.—Yo necesito de la celebridad... No soy fea, ni demasiado tonta; otras, con menos méritos, han triunfado... Si me decidiese... Si me decidiese...

De su entrecortado soliloquio, vino á sacarla un medroso pensamiento de la vieja.

—Oye, hijita. ¿Y si el señor Conti, como don Antonio Cortezo, pensara.....?

—¡Oh, mamá!—exclamó ella, interrumpiéndola.—Eso sería difícil. Esteban tiene novia. Y aunque yo le concedo algo, que lo alcanzara todo me parece imposible... Hay

que saber vivir, madre, hay que saber vivir...

Intensa claridad inundó el cuarto. Adivinábase el patio, bañado por el sol; y si las paredes de enfrente no fueran tan altas, la muchacha, que con regocijo admiraba aquella resurrección de los días de primavera, habría podido ver, tras de los visillos, un pedazo de cielo azul, muy claro. Levantándose, dijo:

—¡Vaya! veremos lo que debe hacerse. Por de pronto, ya que el sol ha salido, iré á desentumecerme á la calle. Lena me prometió venir. ¿No la has visto?

Doña Silveria movió negativamente la cabeza, saboreando el último puñado de caramelos.

—¡Diablo de chical!

Y la vieja se retiró, cerrando la puerta, mientras que Clarita comenzaba á vestirse.

IV

Por la tarde, á las seis, Estéfana volvió de hacer las compras. Con el enorme cesto repleto de golosinas al hombro, á duras penas hubo de subir el caracol, que aquel día brillaba, limpiísimo, en fuerza del terrible fretego á que lo sometiera. Poco antes, al llegar al descansillo del primer piso, encontróse con doña Manuela, que, con las antiparras montadas en la punta de la nariz, zurcía unos pingajos, mirando de rato en rato el patio de la vecindad, que tronaba á esa hora con el último trafagueo. Invariablemente, hallábase allí al atardecer, enterándose desde su cuchitril de los nimios sucesos que agitaban el caserón; deteniendo á las gentes que entraban ó salían, adulando.